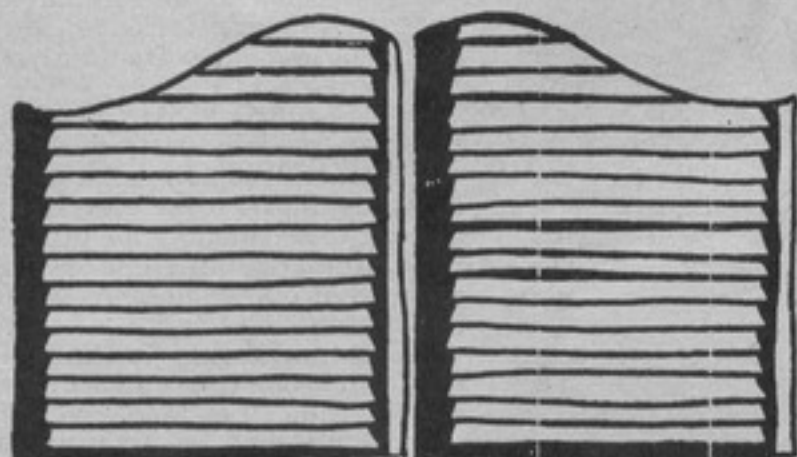




por
Mirta Arlt



Rockefeller en el Far West es una comedia farsesca, pensada en última instancia como tomadura de pelo a ese tipo de magnate norteamericano denominado "rey de". En primera instancia intenta provocar la explosión de risa mediante recursos de parodia. El colono de Kentucky y su familia: mujer, hijos —legítimos e ilegítimos—, más las tribus atacantes de los Sioux, más los muchachos de Fort Wilson, más la representante del Sexy Saloon, en quien se reencarna la profesión más antigua del mundo—, más el "matasanos" y el tradicional "muchacho" que viene al rescate, prometen diversión.

¿Por qué entonces la promesa queda incumplida? La versión de Nuevo Teatro, Sala Apolo, adolece de timidez en la puesta, se queda en la parodia de recursos mínimos,

carece del gran regocijo que es de por sí la justificación máxima de la pieza. Falta la reacción de contagio en cadena que debía transmitirse del autor al director, de éste a los actores y de los actores al público. La comedia pedía, además, una escenografía libre de todo naturalismo que trabase el fluir del ritmo vital y pleno. Y si bien la de Cytrynowski presenta el atractivo del "modelo para armar" su falta de levedad impide la complicidad del autor con el espectador y la liberación del imponderable espacio lúdico entre platea y escenario. A ello contribuye la puesta poco imaginativa de Jorge Hacker y Enrique Pinti.

El público abandona el teatro con la sensación de haber asistido a algo que pudo ser, ya que no todo es demérito, los elementos existen: tipos tradicionales de "las vistas" del Far West, la historieta y hasta el Op Art.

Si la falla principal debe imputarse a la dirección los actores contribuyen. Miguel Ligeró se esfuerza por comunicar comicidad y por momentos es el que mejor lo consigue, no así Lila de Palma en Carolina, su mujer. Dentro del reparto femenino Beatriz de Vincenzi, a pesar de su poca madurez actoral, alcanza la nota máxima de vitalidad y gracia. Luis Alcalde en "El hijo, pálido, sinvergüenza..." posee escasa comicidad, Rudy Lewin hace un "Matasanos" convencional, Aldo Tulian en "El sheriff, espléndido" es apenas un desvaído clisé de aquella prestancia arrogante del personaje de los westerns, y Alejandra Boero recurre al oficio para compensar con poco éxito las exigencias de un papel negado a su gama de posibilidades como actriz. Enrique Pinti, en el doble papel de Ojo de Perdiz y Ojo de Lince, es desigual aunque por momentos rescata de la inseguridad el efecto cómico y levanta la tensión baja que producen dos horas de espectáculo pobre como fusión de comedia y "musical".

La música de Jorge Schussheim no pasa de acotar simpatía. Así va voyando entre desniveles la versión de Ardiles Gray, acertada, aun cuando la pieza naufrague entre la pálida semblanza de figuras a lo Roy Lichtenstein y el sainete de nuestra tradición teatral. ♦



Roy Lichtenstein.